

WARHAMMER
THE HORUS HERESY

SIEGE OF TERRA
MORTIS

John French

minotauro



MORTIS

John French

minotauro

Siege of Terra nº 05 Mortis

Published by Black Library, 2021
Copyright 2025 © Games Workshop Limited.

Mortis, Siege of Terra nº 05 Mortis, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo * o ™ y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo. Reservados todos los derechos.
Originally published as *Mortis*

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Daniel Casado Rodríguez, 2025
Ilustración de cubierta: Neil Roberts
Revisado por: dtm+tagstudy

ISBN: 978-84-450-1890-3
Depósito legal: B. 13.923-2024
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

UNO

La última luz
Recluta
Sobrecarga

El Palacio Imperial, Terra

Conforme se alzaba el sol del día veintisiete de Quintus, los últimos haces de luz se colaron entre el humo y la niebla química hasta rozar la torre más alta del límite occidental del Muro Posterior. En su sombra, se producía la luz de unos disparos esporádicos. Los proyectiles y las descargas de energía se alzaban para arremeter contra la muralla protegida por escudos del vacío y estallaban contra la protección etérea que era la égida que cubría el Palacio Interior. A lo largo del arco de seiscientos kilómetros que abarcaba desde el Hemisférico Occidental hasta Indomitor, unos soldados agotados parpadeaban ante la luz dorada desde las troneras y aspilleras. La mayoría de ellos llevaban tanto tiempo sin ver la luz despejada del sol que les pareció un sueño lejano. Algunos sonrieron. Otros lloraron. A muchos, aquella luz tenue les parecía una promesa. A otros, una despedida. Conforme el sol avanzaba por el firmamento, algunos de aquellos millones de personas que lo observaban dedicaron plegarias a un hombre que negaba ser un dios.

La luz del nuevo día se deslizó por el interior del Palacio Interior y sus recintos. En otros tiempos, cualquiera de sus partes habría sido lo bastante extensa como para considerarse la ciudad más grande de Terra; en aquellos momentos, no eran más que segmentos del último círculo de resistencia

contra el Señor de la Guerra. En los enclaves de los Nobles Viridarim, la luz apenas rozaba las torres más altas y muy pocos presenciaron aquel momento brillante, pues los millones que allí se habían refugiado evitaban los lugares altos. La mayoría habían huido a partes más profundas de sus dominios. Algunos se habían valido de todas las monedas y favores que podían conseguir para acercarse lo máximo posible al núcleo del Palacio Interior. Unos cuantos, los más mayores, desafiantes o ilusos, paseaban por salas blindadas y procuraban no ver las grietas que crecían en sus paredes pintadas con cada proyectil que recibían.

La luz iluminó la lluvia que caía dentro del escudo y generó arcoíris aceitosos que mancharon el pináculo de las torres. Unas baterías de artillería poco estéticas se aferraban a la piedra, junto a las gárgolas y demás estatuas. Si la égida fallaba, su fuego iba a proporcionar una resistencia muy breve antes de la siguiente fase de la catástrofe.

En la cúspide del recinto más interior, las pirámides y estatuas doradas relucieron por un momento. Bajo ellas, muy por debajo de las capas de piedra y el lecho de roca, el Emperador estaba sentado inmóvil, con los ojos cerrados, atrapado en un trono dorado para impedir que la pesadilla se acercara a un círculo cada vez más pequeño.

Más al sur, el puño de piedra que era el Bastión Bhab se alzaba hacia la luz y, por unos instantes, la lluvia que goteaba por sus muros brillaba plateada. En aquellos muros, los mecanismos del liderazgo giraban sin cesar. Los regimientos del equipo de mando dormían por turnos, pues las normas del día y la noche, del sueño y la vigilia, estaban divididas en bloques, en rotaciones entre la luz de las pantallas y los sueños de cielos azules y agua fresca. En el centro del bastión, Rogal Dorn ocupaba el Gran Strategium Boreal. La luz fría de las proyecciones hololíticas destacaba las marcas de una batalla reciente en su armadura. A su alrededor, las distintas capas de mando irradiaban hacia fuera, invisibles, presas de su voluntad. Seguía observando, como llevaba haciendo desde hacía varias horas, tras volver del Muro Saturnino. Y entonces, con un asentimiento casi imperceptible, se dio media vuelta y se dirigió a las puertas de la cámara y a las escaleras que lo iban a llevar hasta el parapeto del bastión, donde podría gozar de un breve atisbo del sol naciente.

Por todos los distritos, hasta el Muro Indomitor, el Mercurio, el Saturnino y el Europa, la luz alargaba las sombras en las vías que atravesaban los edificios en zigzag. Cerca de los muros, habían tapado sistemas de calles enteros, bloqueados por edificios derribados y sellados por ríos de ferrocemento. Había torretas y emplazamientos colocados en los flancos de los bloques

de viviendas. Si los traidores atravesaban las murallas —o, mejor dicho, cuando las atravesaran—, iban a encontrarse con un laberinto asesino que los iba a hacer sangrar a cada paso que dieran. En los emplazamientos, las tropas alzaron la vista desde sus cañones automáticos y lanzacohetes y vieron un espectro brillante y lejano en lo alto.

En el arco oriental de las defensas, las explosiones de los proyectiles arrancaban columnas de polvo como si intentaran cubrir el sol. Se trataba del Muro Anterior, que antaño fue la entrada del Palacio Exterior al Interior. Cientos de kilómetros de plazas, avenidas y edificios de mármol, cristal y metal pulido que se habían reducido a unas ruinas agujereadas, con las líneas de las defensas apiladas y clavadas hasta los huesos del Palacio. En aquella dirección se encontraban Marmax, el Límite Gorgona y el Colossi: un frente de cientos de kilómetros repleto de cráteres, escombros y cadáveres, como la orilla del mar de una masacre. Desde allí, el sol se iba a alzar por encima de las tierras baldías que en otro tiempo habían sido el Palacio Exterior. Los últimos rescoldos de la noche se acumulaban en los escombros de edificios y recorrían calles que se habían vuelto la morada del silencio.

Por encima de la desolación, unas murallas destrozadas se alzaban como los dedos rotos de unas manos muertas, y más arriba aún, rozando el cielo, se hallaba el espaciopuerto del Muro de la Eternidad. Bajo él, los esclavos trabajaban en el parapeto del Muro del Amanecer y cargaban con artillería y munición desde las posiciones en las que habían disparado en el puerto, pues se necesitaban en otros lugares. La mayoría de los esclavos eran los soldados que habían defendido las murallas en las que se encontraban. Su vida había pasado a medirse en términos de las tareas que podían cumplir antes de fallecer. La mayoría de ellos ni alzaron la mirada conforme el sol arrojaba su nueva luz por el planeta. Sabían que mirar no servía de nada, que la esperanza era inútil, que los sueños eran mentira, que las plegarias dedicadas a dioses falsos no les concedían la salvación. Lo único que existía para ellos era el alivio de un sueño breve, la esperanza de no despertar nunca más.

Sur de Marmax, Barbacana Anterior

Poco quedaba ya de las líneas defensivas. Las capas ascendentes de trincheras, murallas, zanjas y fisuras se habían convertido en un laberinto carcomido de cráteres, escombros y viviendas caídas. La lluvia ya no hacía acto de presencia allí. Los escudos del vacío, que habían engendrado

las tormentas falsas que llenaban de agua los cráteres y grietas, habían desaparecido. Solo quedaban nubes secas que descendían desde el cielo herido. El calor arrancaba la humedad del suelo, la resquebrajaba y destilaba los charcos de lluvia hasta tornarlos un lodo negro.

Desde la intersección Gorgona hasta los escombros del complejo de bloques del norte, todo era igual. Hasta donde alcanzaba la vista. Y alcanzaba bien lejos. Desde lo alto del parapeto del Puesto Defensivo 78, uno llegaba a ver incluso las nubes de tono negro anaranjado que se aferraban a la sombra del circuito oriental del Muro Anterior. Un gran tramo, y todo ello, en vez de la ciudad que había sido en otros tiempos, estaba sumido en la desolación. Los dientes rotos que eran los grandes edificios sobresalían hacia el aire, los montículos de escombros asfixiaban las calles y unas estructuras torcidas formaban colinas. Todo ello iluminado por puntitos de luz que penetraban la penumbra del amanecer: rayos, detonaciones, disparos. Por encima, muy a lo lejos, un brillo naranja sucio iluminaba el horizonte irregular.

Katsuhiro se detuvo a ver la luz.

—¡Tira!

Alguien le dio un empujón en la espalda.

Bajó la mirada y siguió subiendo los peldaños.

Tras él, el sargento —no recordaba que nadie se lo hubiera presentado— instaba a los demás a seguir subiendo y subiendo. Eran veinte en total y Katsuhiro no tenía ni idea de dónde habían salido. La mayoría de ellos tenían la tez pálida y ojos muertos de aquellos que llevaban en el frente de batalla desde el inicio. Sus uniformes eran jirones de colores y patrones diferentes en distinto estado. Todos estaban manchados y, desde que habían llegado a Marmax, habían comenzado a adquirir una capa de polvo gris, como una segunda piel. Alguien de los que iba por detrás de él escupió hacia el interior de la muralla.

—No hagas eso —le dijo, mirando atrás de reojo.

—¿Tan remilgado eres, recluta? —respondió una voz quejumbrosa. Steena, por supuesto, con su voz mordaz que sonaba por encima de los pasos de los demás—. ¿Qué coño se supone que tenemos que hacer entonces? ¿Nos tragamos el polvo?

—Si escupes, luego tendrás que beber —explicó Katsuhiro—. Y no nos han dado raciones de agua desde que hemos llegado a la línea. No te sobra la saliva.

—Mira tú, cuánto me enseñas. ¿De dónde coño sacas esa sabiduría infinita, recluta?

«Recluta» había pasado a ser la forma abreviada de referirse a cualquiera que hubiera quedado atrapado en los protocolos de reclutamiento masivo, a cualquiera que no fuera un soldado de verdad. Había comenzado con la reconversión de la población, antes de que el enemigo hubiera llegado a Terra. Era la forma que tenían los soldados de verdad, los voluntarios y los miembros de algún regimiento o formación entrenados antes de la orden de reclutamiento, para decir que eran distintos a los millones de hombres y mujeres que habían tenido que abandonar su vida anterior para hacer de soldados. La realidad de la guerra había acabado con aquella distinción: morían por igual, cientos de miles de ellos en cada frente de batalla, independientemente de si eran soldados o reclutas. Steena, por su parte, se había quedado con el término y lo usaba como insulto o acusación, según le diera. A Katsuhiko le daba igual. Cada uno se aferraba a lo que podía. Eso era otra cosa que había conseguido la batalla, había allanado el terreno de la vida hasta que solo contenía unos puntos básicos: respirar, disparar y, por supuesto, lo otro, lo que importaba de verdad.

Siguió subiendo por los peldaños. De vez en cuando, alcanzaba a atisbar el terreno más allá del parapeto, unas murallas a niveles que descendían hasta las trincheras de la superficie, a un kilómetro de distancia. Todo estaba dañado: rococemento carcomido, paneles blindados partidos y agujereados, viviendas demolidas. Algunos lugares incluso habían perdido secciones enteras y sus murallas y contrafuertes caían hacia los cráteres. En otros, habían reparado los daños, llenado los cráteres de cemento y establecido entramados de vigas soldadas con prisa. Parecían costras encima de heridas que no sanaban nunca. No tenían tiempo de hacer un remiendo mejor.

La artillería arremetía contra la zona a un ritmo irregular pero constante, incluso cuando no se producía ningún asalto directo, pues lanzaban misiles de largo alcance desde cientos de kilómetros. Los proyectiles orbitales de peso muerto caían sin ningún sonido, sin advertencia. Los bombarderos de gran altitud soltaban nubes de proyectiles en masa. Y también había francotiradores en aquella zona baldía que veían pasar a los soldados y disparaban un tiro certero o un proyectil hipercinético para acabar con un zapador que trataba de reparar los daños.

Las unidades de aniquilación, algunas de las cuales llegaban a formar incluso brigadas, también atacaban las líneas defensivas con una ferocidad esporádica. Avanzaban al amparo de la noche para atravesar muros, matar soldados y colocar trampas antes de retirarse. Era peor aún cuando los asaltantes eran Astartes: un asalto por parte de enemigos de armadura azul medianoche cubiertos de pieles ajenas había alcanzado la línea justo por

debajo de la Torre Cordus hacía un par de noches. Habían llegado hasta la tercera línea antes de retirarse y lo que dejaron a su paso no fueron bajas convencionales, pues la mayoría de ellos seguían con vida cuando los leales retomaron la sección.

Los asaltos de terror, al igual que las bombas que lanzaban desde las baterías lejanas, cumplían con un propósito. En ocasiones pasaban varias horas entre un asalto y otro, hasta que el mundo se volvía truenos y fuego y, después, de nuevo el silencio. Aunque parecían momentos escogidos al azar, no lo eran. Se trataba de un ritmo irregular muy preciso que llevaba a los soldados a punto de pensar que podían respirar con tranquilidad solo para aplastarles ese respiro. Era un genio, un genio muy cruel, el regalo que les dejaba el Señor del Hierro y sus comandantes de zona. Y vaya si funcionaba. Al igual que los asaltos a gran escala habían derribado líneas defensivas y hacían que los defensores del Muro Posterior y del Anterior tuvieran que retirarse, la violencia arrítmica carcomía el temple y el ánimo de quienes se encontraban tras ellos.

Katsuhiro llegó a lo alto de la escalera. Había una larga pasarela que recorría el parapeto de la muralla, de ocho pasos de ancho, abierta hacia el interior y delineada por almenas de dos metros y medio de altura. A través de las troneras, se veía hasta la siguiente muralla y hasta donde los muros llegaban a la superficie y daban paso a las trincheras y zanjas.

Un ángel los esperaba en el parapeto, cubierto de polvo al igual que todos los demás. Su ceramita gris se dejaba ver a través de la pintura roja de su armadura en determinadas partes y parecía maltrecho y cansado. Sin embargo, verlo bastó para que Katsuhiro y los demás miembros de aquel pelotón se quedaran inmóviles. Incluso después de todo lo que había visto, o en especial por lo que había visto, los marines gozaban de una presencia que era como un martillazo a los sentidos y que no podía pasarse por alto. Cada vez más miembros de las Legiones Astartes se mezclaban entre los mortales que defendían el Palacio. Katsuhiro no sabía si era para subir la moral o para aumentar la disciplina.

El ángel se volvió hacia ellos. Una línea negra le recorría la placa frontal del casco, entre dos ojos verdes y brillantes. Le entregó una placa de datos a un par de oficiales desaliñados. El rifle que llevaba enganchado a la cadera era tan grande como el torso de Katsuhiro.

—Soy Baeron —se presentó el ángel, con una voz que se las arreglaba para contener una nota musical a pesar del gruñido de la rejilla por la que hablaba—, miembro de la Novena Legión y oficial militar responsable de esta sección. Se os ha asignado a mi mando. —Baeron pasó su mirada

brillante por ellos, rauda pero preciso, para evaluarlos. Katsuhiko se quedó inmóvil cuando los ojos pasaron por él—. Integraos en las unidades que ya se hallan en la sección. El capitán Ulkov y el teniente Sabine son los otros miembros de la unidad de mando, por debajo de mí. Buscad vuestros puestos, comprobad el estado de las armas y estad preparados.

El ángel los miró una vez más antes de darse media vuelta y avanzar por la pasarela, ya con la mirada en el mundo más allá de la muralla.

—Vale, ya habéis oído al legionario —dijo una de los oficiales, una mujer menuda con el rostro medio cubierto por vendajes grises—. Reasignados, uniros a alguien que haya pasado más de una noche en la sección. ¡Venga!

Katsuhiko parpadeó, sorprendido, porque no había visto a los demás soldados humanos del parapeto. Había hombres y mujeres de al menos seis unidades distintas y algunos llevaban la marca de más de una unidad mezclada en su uniforme y sus colores. Era la nueva normalidad: los frentes como Marmax, el Límite Gorgona, Artiala y el Redil Kanazawa engullían soldados y deshacían las divisiones y el orden anteriores. Y lo que quedaba era aquellos que seguían en pie, juntos como al azar y lanzados hacia el siguiente frente de masacre. Katsuhiko había cambiado de campo de batalla en la zona Anterior tres veces en tres semanas. Las líneas defensivas habían cambiado en aquel periodo, habían derribado fortalezas, echado atrás soldados para reagruparse en otros lares. Se preguntó si habría algo o alguien que de verdad supiera dónde estaba cada soldado, qué tanque habían tenido que abandonar para retirarse y cuál estaba bajo el pilotaje de una unidad distinta según lo llevaban de una zona a otra.

En cada uno de los lugares a los que había tenido que acudir, había un motivo distinto que determinaba cómo lidiaban con las nuevas tropas. En el puesto Dacia, a los recién llegados los habían dividido por bloques, agrupado y luego dividido en partes mediante los gritos y gestos de un comandante del color verde sucio de los Quintos Rifles de Albia. En la Sección de Línea Dos del norte de Marmax, habían pasado veinte escribas entre las filas de los nuevos para colocar números en los uniformes con grapas de platiacero, todos ellos hechos de pasta de celulosa rosa. Y en aquel lugar, nadie le había preguntado ni dicho nada, solo le habían ordenado a él y a un grupo de los demás que iban en los transportes que formaran filas. Había quedado bajo las órdenes de un sargento cuyo nombre desconocía y se había integrado en una unidad nueva durante la media hora de viaje hasta el parapeto. A algunos de los que lo acompañaban, como Steena, los conocía por el viaje desde el norte de Marmax, pero no sabía quiénes eran la mayoría de los demás. Así era la vida entonces:

el anonimato, no conocer a quienes estaban al lado, convertirse en una cifra más de la fuerza de la unidad, un cuerpo en el frente de batalla, un número en papel rosa.

Aunque alguien sí que lo sabía. Alguien los conocía a todos y cada uno de ellos y sabía lo que habían hecho. Los conocía y los observaba y, siempre que pudiera, los protegía. Esa verdad era lo único que le importaba, lo demás no era más que la confusión del caos.

—El Emperador nos conoce —había dicho para sí mismo, apretujado en la oscuridad y el traqueteo del transporte que lo había desplazado por la línea—. El Emperador protege.

Debió de haberlo dicho más alto de lo que pretendía, porque alguien se había sumado a sus palabras.

—El Emperador protege...

Y luego unos cuantos más, hasta que la frase se había desvanecido.

En aquel momento, bajo la luz del amanecer en el sur de Marmax, lo dijo de nuevo y supo que era cierto.

Se acercó a una sección del parapeto mientras comprobaba su rifle láser. Un soldado estaba asomado en el merlón de ferrocemento partido. Parecía joven, aunque con tanta mugre costaba discernirlo. Katsuhiko abrió la boca para saludarlo, pero el soldado alzó la mirada de repente y la posó entre el horizonte y el cielo.

—¿Has oído eso? —preguntó.

Gran Strategium Boreal, Bastión Bhab, Sanctum Imperialis Palatino

—Se aproxima un asalto completo, mi señor, por el sur de Marmax, desde las líneas Flavianas hasta la Intersección Gorgona —indicó Icaro.

—¿De cuánta fuerza? —quiso saber Archamus, apartando la mirada del brillo de la pantalla táctica principal.

—Es la fuerza principal.

—¿Llevan titanes?

—No se ha avistado a ninguno —repuso Vorst desde la consola que había junto a la de Icaro—. Cuentan con Caballeros, vehículos blindados y una dotación de apoyo aéreo completa. Hay indicios de legionarios también. La información procede de las embarcaciones que todavía tenemos en el aire y la visibilidad de la superficie es limitada.

—¿A cuánto están de las líneas? —preguntó Archamus.

—No lo sabemos, tal vez a tres kilómetros —respondió Icaro.

—En el nombre de Sol, ¿cómo se han acercado tanto? —soltó Vorst.

—Avisad a los comandantes de Marmax sur —indicó Archamus con voz tranquila—. Si nosotros acabamos de verlos, puede que ellos todavía no.

Archamus, el segundo de su nombre, líder de los edecanes de los Imperial Fists y actual comandante de guardia de la mayor batalla jamás presenciada por la humanidad, se dio un momento para tranquilizarse respirando hondo. No podía concederse más tiempo. Los oficiales de mando humanos, como Icaro y Vorst, iban a tener que cambiar de turno pronto, pues el agotamiento ya mermaba su efectividad.

Los indicadores de comunicación por voz parpadearon en las pantallas tácticas. El zumbido y el gruñido de las voces aumentó de volumen en el strategium. Las proyecciones hololíticas suspendidas en el centro de aquella sala con forma de hemisferio rotaron para mostrar las líneas defensivas de Marmax, con unas runas ámbar inciertas y datos mezclados en mapas trazados en una fría luz azul. Conforme Archamus lo observaba, la mitad de los datos tácticos se disolvieron y se volvieron a colocar. Las comunicaciones con los frentes se volvían poco fiables, dado que el código malicioso se filtraba en el sistema de señales. La cohesión de las comunicaciones se perdía entre las tropas mortales. Más allá de la muralla, tenían que depender de los ojos de aquellos que defendían las líneas y de los sistemas incorporados en las propias defensas, y en un frente como Marmax, que había sufrido las semanas de guerra, aunque sin llegar a quebrarse, dichos ojos y sistemas no eran infalibles precisamente. Con cada guardia que le tocaba a Archamus en aquella plataforma de mando del strategium, su habilidad de ver la guerra que libraban se encogía y la claridad se desvanecía como el mundo visto a través de un ojo con cataratas. El día anterior, habían podido defenderse del asalto contra el Muro Saturnino, al igual que en la Colossi, el Límite Gorgona y Marmax. Habían resistido. La lucha había tenido un gran coste, aunque, si bien podrían haber fracasado, los defensores y las defensas habían demostrado ser rivales para sus enemigos.

Sin embargo, aquella victoria era cosa del pasado. La realidad de la guerra continua era ante lo que se había despertado el Palacio.

—Los comandantes de Marmax han recibido la transmisión —indicó Icaro.

Las puertas de la cámara se abrieron para dejar pasar a Rogal Dorn. Su armadura todavía mostraba las manchas y marcas de la batalla y tenía una expresión severa que se le había ido tallando en la carne cada vez más hondo durante aquellos meses. Tal como había ordenado, ninguno de los cientos de oficiales del strategium hizo una pausa para saludarlo, aunque

su presencia bastó para disminuir el ruido generalizado de la estancia. Dos edecanes seguían al Pretoriano y con ellos se hallaba también la figura escuálida de Armina Fel, la astrópata principal del primarca. Rogal Dorn le devolvió la mirada a Archamus y ladeó la cabeza, un gesto que fue una orden tan clara y directa como si la hubiera gritado. Archamus asintió con discreción.

—Tienes el mando —le dijo Archamus a Icaro—. Avísame de cualquier cambio que se produzca.

El Pretoriano avanzó hacia una de las antecámaras seguras.

«¿Qué suceso aciago se nos viene encima ahora?», se preguntó Archamus mientras seguía a su primarca.

Sur de Marmax, Barbacana Anterior

—¿Has oído eso? —le preguntó el soldado junto a la muralla.

Y sí que lo oía, sí: a Katsuhiko le pareció una nota aguda y distante, como el canto de un ave moribunda. Por toda la línea defensiva, los soldados se volvían hacia el horizonte lleno de nubes. En las líneas más bajas, veía siluetas rojas y enormes que se movían, con la armadura llena de polvo y unos movimientos breves pero fluidos. Guerreros legionarios, hijos de Sanguinius como Baeron. Avanzaban hacia los parapetos con las armas ya preparadas.

—¡Preparaos! ¡Preparaos! —indicaban los gritos por toda la línea defensiva. Todos se dieron prisa en llegar a sus puestos, con las manos aferradas a las armas con tanta fuerza como torpeza.

—¿Qué coño es eso? —gritó Steena. Estaba a su lado y miraba arriba y alrededor.

—¡Preparaos!

La nota aguda subió de volumen, se dividió, se convirtió en más de una nota que cambiaban de dirección.

—¡Ataque inminente!

Una batería antiaérea abrió fuego en una de las líneas superiores y lanzó proyectiles a lo alto, hacia objetivos que no alcanzaban a ver. Katsuhiko vio que Steena se estremecía; la nota aguda seguía sonando con claridad por encima del estruendo de la artillería, con más fuerza y todavía dividiéndose. Le brotaban como zarcillos de sonido. ¿Era... una voz? ¿Una voz que cantaba?

—*Rosas y lluvia, y pétalos en flor* —cantaba su hermana—; *¿dónde encontraré un hogar para mi corazón?*

Katsuhiko se echa a reír.

Su hermana sonríe y las notas de la siguiente estrofa se desvanecen.

—Que se supone que es una canción triste, bobo —dice ella, riéndose, todavía sonriendo en su dirección. Su hermana tiene diez años. Y es muy real. Recoge uno de los bloques desgastados que él ha desperdigado por el suelo en un juego en el que intentan crear tanto desastre como puedan.

—¡Más! —pide él.

—¿Otra vez? ¿En serio?

—¡Más!

—Bueno —dice ella—, otra vez, pero solo una más. —Se echa a reír. Le sonríe—. Rosas y lluvia, y pétalos en flor...

Una columna de luz ardió en el aire por encima de él. Katsuhiko se agachó, cegado por el fulgor, y se dio en la cabeza con el cañón del rifle de otro soldado. Se le cerró la mandíbula de golpe y notó el sabor de la sangre, además de un pitido en los oídos. Oía gritos y el traqueteo de los disparos, seguidos de otros gritos que pedían el alto al fuego. Y la nota aguda seguía allí, todavía perceptible, colándose bajo el rugido. Afilada y oscilante. Le hacía doler los dientes ensangrentados. Quería quedarse agachado y volver al momento que el recuerdo de la canción le había prometido. Se percató de que tenía los ojos cerrados.

—¡Todos en pie! —bramó la voz por la muralla—. ¡En pie! ¡Armas listas! ¡Venga!

Se puso de pie. Abrió los ojos.

El firmamento ardía. Rayos de energía, proyectiles y misiles surcaban el aire en una cortina de llamas deshilachada. Los demás soldados del parapeto se habían quedado sin saber qué hacer, arma en mano. Algunos miraban el cielo, otros, hacia los baldíos que se extendían más allá de las trincheras más alejadas. Baeron se abrió paso por el adarve y ponía de pie a los soldados a rastras sin dejar de gritar a través de la rejilla del casco.

—¡En pie! ¡Armas listas!

Había más soldados humanos en la línea, cubiertos de polvo gris, que salían de donde se hubieran cobijado antes.

El ataque orbital cayó contra el límite de las defensas exteriores, a cinco kilómetros de distancia. Una columna de luz de cincuenta metros de ancho, de color blanco neón y estruendosa, atravesó las nubes. El rococemento y el acero se desvanecieron en forma de gas y ceniza. Un trueno lo recorrió todo. Katsuhiko ya se había vuelto a agachar, medio ciego, sin dejar de llorar. Entonces los impactos se repitieron una vez tras otra, el retumbar de los dioses iracundos que destrozaban el mundo roto de los mortales. El aluvión de descargas antiaéreas se entrecortó.

—¡Cobertura aérea! —gritaba alguien—. ¡Necesitamos cobertura aérea!

—¡En pie! ¡Preparaos!

—¿Dónde está el enemigo? —Steena estaba a su lado y gritaba—. No están aquí. ¿Por qué estamos...?

—Allí —indicó Katsuhiko, pues vio con claridad de repente.

Algo en su tono de voz debió de llamarle la atención a Steena, incluso con todo el alboroto. Miró en la misma dirección que él y negó con la cabeza como si estuviera a punto de decir que no veía nada. Solo que entonces sí que lo vio y se quedó petrificada.

Un color dorado.

Un color dorado que relucía contra la luz borrosa del amanecer. Copos de oro en el horizonte, brillantes en contraste con el cielo.

Katsuhiko se los quedó mirando. El sonido se había desvanecido en sus oídos; seguía presente, pero se había convertido en una vibración que le pasaba de la piel a los huesos. Era una sensación agradable. Como despertarse a medias en un lugar cálido, todavía en los brazos de un sueño dulce...

Un color dorado. Cientos de motitas de oro que danzaban contra aquel firmamento apagado, en espiral, volando entre las explosiones y líneas de balas trazadoras. Sabía que eran embarcaciones...; una parte de él sabía que eran cientos de naves, con el fuselaje dorado y pulido para relucir como si del sol se tratara. Eran navíos con alas de colores. Aviones de guerra. Cañoneras. Cazas de asalto. Sabía lo que eran, pero...

La artillería antiaérea arremetía contra el cielo...

Las aves doradas caían...

Tenían las alas rotas...

Desprendían hilillos de humo negro...

Le llegó la serenidad, unas porciones de tiempo perfectas. Vio el color de la explosión cuando una nave se estrelló en la superficie a dos kilómetros de la línea más alejada: primero de tono amarillo, con una luz pura, y luego naranja hasta tornarse negro, acompañado de una nube que le arrebató el color según flotaba como la punta de una flor en llamas. Podría haberse quedado mirándolo toda la vida, aquel paisaje majestuoso, rodeado del pulso del corazón del mundo que se aceleraba hasta su último latido.

—Podría verlo toda la vida... —dijo una voz, y se percató de que era la suya.

¿Por qué no podía pensar? ¿Qué ocurría? Se sentía... como si quisiera parar. Como si quisiera parar y observar y escuchar la canción que se acercaba desde el horizonte.

—¡Por el Emperador! ¡Por nuestros juramentos! —bramaba Baeron más allá en el parapeto.

Katsuhiko parpadeó, aturcido, jadeando, e intentó ver con claridad y centrarse. El sonido arremetía contra él: disparos, gritos, su propia respiración, todo. La mitad de los soldados se habían quedado inmóviles, con la mirada perdida en el horizonte, los ojos como platos y la boca abierta.

—Protegedme —dijo para sí mismo, y entonces añadió en voz más alta, con desafío—: Por favor, protegedme como yo os protejo a Vos.

Se puso firme, empuñando su rifle y con la mirada al frente.

Las bandadas de embarcaciones doradas descendían cada vez más y ya rozaban la superficie. El rugido de sus motores levantaba el polvo en el aire. Se acercaban deprisa. La artillería antiaérea y los misiles surcaban el cielo según intentaban seguir a sus objetivos hasta el borde de su declinación. Una quedó derribada a un kilómetro al norte. Y otra, al sur. Las naves doradas casi habían llegado a la superficie y se mecían de un lado a otro. Las líneas de defensa empezaron a disparar. El alarido de los propulsores se entrecortó, se mezcló como una voz que gritaba. Como una risotada.

—¿Qué es eso? —le gritaba Steena al oído—. ¿Qué pasa?

Las naves ya casi habían llegado a ellos y los disparos desde las murallas eran un torrente irregular. Los rayos láser cortaron alas y los misiles dieron en el blanco.

Un color rojo... Unos estandartes enormes y rojos se desplegaron tras algunas naves. Durante un instante de incredulidad, a Katsuhiko le pareció que sangraban, pero entonces vio que era polvo, un polvo rojo. Unas columnas de tono anaranjado y cian salieron de las demás naves, como una capa de colores brillantes que arrastraban por el suelo. Casi habían alcanzado las líneas defensivas exteriores y descendían hacia las trincheras. Entonces tomaron una trayectoria ascendente, en espiral y de lado a lado, entre aullidos de los motores. Conforme subían, los disparos las siguieron desde los parapetos y las líneas a niveles. Las embarcaciones ascendieron casi de forma vertical, lejos de ellos, y la artillería siguió arremetiendo unos instantes, hasta que se quedó en silencio.

Por encima de ellos, el manto de polvo azul, naranja y rojo empezó a descender.

—¡Máscaras! —bramó un oficial.

Katsuhiko ya se estaba poniendo la suya mientras sonaban las órdenes a gritos. Todo se quedó en silencio de repente y solo oía a los demás tratando de ponerse máscaras de respiración y capuchas. Oía su propia respiración al tomar aire a través del filtro y tenía el visor lleno de agujeros

y rasguños. Miró alrededor. Baeron era una estatua de color rojo, con el casco ladeado como si estuviera escuchando con atención. Se percató de que aquella nota aguda también se había detenido. La polución multicolor descendió, sin prisa, estridente e intensa. Le recordaba al polvo de la tiza en la pizarra de la scholam. Sudaba dentro de su capucha y la máscara de gas y notaba el calor que se le acumulaba bajo la tela del uniforme. Los guantes le parecían más pesados. La nube de colores estaba a pocos metros de ellos ya.

—Condiciones de protección ambiental completa —indicó Baeron—. Que nadie exponga ni un milímetro de piel. Y quiero las armas preparadas.

Los soldados de la línea corrieron a ponerse bien los guantes y a cerrarse el uniforme.

A su lado, Steena se subió la capucha, jadeando y tosiendo.

—¡No puedo respirar!

—¡Soldado, ponte la máscara!

El polvo estaba justo por encima de la cabeza de los soldados. Le llegó el sabor del azúcar y del plastek quemado.

Por toda la línea, el polvo de colores cubría a los soldados. Algunos de ellos se quedaron petrificados. Uno que no se había puesto los guantes se dio media vuelta y lanzó descargas láser a quienes tenía al lado, hasta que alguien le reventó la cabeza de un tiro. Se produjeron explosiones. La polución era un caleidoscopio de luces y colores como de arcoíris.

—Enemigo avistado delante de las líneas inferiores —indicó Baeron—. Fuego continuo en un ángulo de treinta grados.

Katsuhiro colocó el rifle en el parapeto, hacia abajo, apuntando con la mira fija, y se quedó helado.

A pesar de que el polvo cubría el paisaje, alcanzaba a ver la trinchera más alejada. Una marea de siluetas rompía contra las trincheras, unas criaturas de carne pálida y extremidades largas, con púas y sonrisas afiladas. Podían tratarse de bestias, humanos o máquinas, porque era imposible clasificarlos. Unos estandartes de seda estridente ondeaban por encima de ellos y varias máquinas de guerra avanzaban por los flancos. No deberían haber estado allí. No deberían haber podido llegar hasta las líneas tan deprisa; era como si se hubieran materializado a partir de la nube de polvo. Los disparos arremetieron contra la marea, hicieron una papilla roja de la carne y deformaron el metal. Sin embargo, la oleada del asalto no aminoraba la marcha; por el contrario, avanzaba. Katsuhiro se quedó viendo algo que en otros tiempos debía de haber sido un Caballero de poco tamaño y que llegó a la primera trinchera antes de saltar por todo lo alto. Su chasis

blindado era de color blanco marfil. Los soldados de aquella línea defensiva alzaron las armas para disparar cuando el Caballero aterrizó entre ellos, con garras de cromo y cuchillas rotatorias que se extendían, y de repente la trinchera se llenó de una papilla ensangrentada y la marea de atacantes pasaba por encima y salía al otro lado. El Caballero de marfil arqueó la espalda y sus patas con pistones lo impulsaron como un ave presumida. Su caparazón blanco se partió y, en el interior, algo rosa, suave, rojo y resbaladizo tembló y soltó un alarido borboteante. Katsuhiko lo llegó a oír. A un kilómetro de distancia, lo oyó como si lo tuviera al lado.

Un cohete impactó contra la muralla a cincuenta metros por debajo de él y arrancó una sección de diez metros de diámetro. Los cuerpos salieron volando, acompañados de escombros y humo. Un trozo de roca le dio en el casco y le echó la cabeza atrás. El dolor le estalló en el cuello y, con él, volvió a ver el mundo con claridad.

Abrió fuego, apuntando hacia abajo, apretando el gatillo, para añadir sus disparos a las voleas irregulares que salían de las capas de murallas y parapetos. Fue uno de los pocos que pudo, porque la mayoría de los soldados humanos estaban de pie, envueltos en colores tóxicos, con la mirada perdida como borregos atontados. Unos cuantos se habían tumbado como si el suelo fuera una cama. Solo los Blood Angels de la línea inferior respondían al unísono y disparaban y se movían con una unidad perfecta, sacudiéndose el polvo del tono rojo de su armadura. No se detuvieron ni un segundo: lanzaron fuego, misiles y proyectiles de bólter que destrozaron varios frentes del enemigo. Las descargas de cañón láser disparadas en conjunto contra las máquinas de guerra que avanzaban entre la marea de carne las dejaron reducidas a trozos metálicos ardiendo.

Katsuhiko notó que alguien le tiraba del brazo. Miró alrededor, casi listo para abrir fuego contra quien fuera, pero vio a Steena de rodillas a su lado, con la cara descubierta y llena de pigmentos. Temblaba, con los ojos como platos y los labios apartados de los dientes. Parecía que se estaba riendo. Unas lágrimas rosas, ensangrentadas, le dejaban surcos en el polvo que le cubría las mejillas.

—¡Levanta! —gritó Katsuhiko, pero sus palabras se perdieron por la máscara y la cacofonía.

Steena movía la boca.

Intentó sacudirla para despertarla. Había más soldados en el parapeto, algunos de los cuales disparaban y otros se tambaleaban sin rumbo. Uno se daba golpes en la cabeza como si intentara soltarse algo en el interior. Tenía el puño y el cráneo ensangrentados. Katsuhiko parpadeó, confuso,

y los pensamientos se le ralentizaban otra vez. Se miró la mano. ¿Dónde había metido el rifle? ¿Y el guante? Un polvo naranja le cubría la mano. Steena se reía y lloraba.

Algo impactó contra el otro lado del parapeto. Durante un segundo ridículo, creyó que se trataba de una gota de lluvia. Se inclinó hacia la aspiller, con las ideas nubladas como si se acabara de despertar.

La minibomba que se había clavado en el exterior del parapeto estalló y unos fragmentos de roca le rebotaron contra el casco. La onda expansiva le vibró por todo el cuerpo e hizo que le estallaran los tímpanos. Cayó de espaldas al suelo mientras los propulsores hacían hervir las nubes de polvo de colores. Las cañoneras descendían, todavía disparando, soltando misiles y cohetes. Unas figuras enormes metidas en servoarmaduras se hallaban junto a las compuertas abiertas, con colores y patrones discordantes en sus vestiduras: rayas de tigre doradas, escamas violeta y verde ácido, crestas de cabello color naranja fuego. Unos tubos y conductos los adornaban y se enroscaban en torno a armas hinchadas hechas de cromo y grafito negro. Una bruma grasienta de calor ondeaba a su alrededor, como si el aire hirviera al entrar en contacto con ellos. Aunque en algún momento habían sido marines, en aquel momento parecían más bien un delirio febril. Katsuhiko sufrió unas arcadas que le llevaron el vómito a la boca antes de que pudiera contenerlo. Alzó las manos para arrancarse tanto la máscara como la capucha y cogió una bocanada de aire. El polvo le llenó la boca.

El mundo se volvió más nítido.

Tenía una nitidez perfecta, de hecho.

Se le encendieron los nervios.

Cada centímetro del cuerpo que le dolía pareció gritar por la agonía.

El sabor a sangre y a azúcar quemado le llenó la mente. Notaba el sabor del humo de un disparo y de los conductos de escape de una cañonera que pasó bajo, cerca de ellos.

Uno de los gigantes de la cañonera saltó al parapeto, a treinta metros de Katsuhiko. La piedra se resquebrajó donde aterrizó y algunos de los soldados que estaban más cerca huyeron, mientras que otros se volvieron hacia el enemigo, sumidos en una confusión dócil. El marine apuntó con su arma hacia la muralla. Katsuhiko vio el cañón de cromo y, en su interior, una garganta de verdad, con dientes diminutos y perfectos.

Abrió fuego. Steena tiró de él para hacer que se agachase. Los soldados que habían estado a su lado se quedaron flotando en el aire, con piel, huesos y órganos que temblaban hasta volverse una niebla roja, unas

entrañas que formaban ondas. El gigante avanzó y los colores de neón de su armadura fluían como el aceite en el agua. El sonido que emitía su arma se escapaba del límite de la audición y era una como migraña que hincaba las garras en el cerebro. No podía pensar.

Baeron pasó por el adarve desde detrás de ellos, destrozando el rococemento con sus pasos. Los proyectiles de bólter estallaron contra el guerrero multicolor y le arrancaron fragmentos de armadura iridiscentes. Se volvió y apuntó. El alarido del arma plateada volvió a sonar conforme el guerrero destinaba su fuego al Blood Angel. Varias secciones de la muralla se redujeron a polvo y los proyectiles estallaron a medio camino, al chocar contra un muro de energía sónica. El ángel no se detuvo, sino que aceleró, desenvainó un cuchillo y saltó. El borde del disparo sónico lo alcanzó en la pierna cuando estaba a medio salto y su armadura roja se deformó y se destrozó desde la rodilla hasta el pie. Baeron aterrizó a duras penas. El arma de cromo apuntó hacia el marine caído, pero este pasó el cuchillo por los cables que enlazaban al enemigo a su arma. Brotó sangre de los tubos seccionados y el alarido del arma se volvió un gorjeo de dolor. Baeron siguió atacando, bajo el brazo, y le clavó la daga en el vientre al otro guerrero. La abominación se tambaleó, sangrando y soltando fragmentos de ceramita, pero no había muerto. Blandió un puño de color plateado y perlado contra la placa frontal del ángel, una, dos y tres veces, para hundirle la ceramita y romperle las lentes oculares. El ángel siguió apuñalando y echó atrás a su enemigo. Chocaron contra el parapeto y rompieron el rococemento. Una parte de la almena se partió y el enemigo cayó por el borde, por la fachada de la muralla, hasta las púas del alambre de espino de la base. Baeron se enderezó en el borde roto del parapeto. Tenía la armadura manchada de sangre, de un tono más oscuro que la pintura llena de polvo, y se coagulaba según se mezclaba con aquella sustancia.

—¡En pie! ¡Venga! —bramó Baeron.

Más siluetas saltaban de las cañoneras a lo largo de toda la línea y disparaban con sus armas que soltaban alaridos. Las armaduras se redujeron a fragmentos, la carne, a gelatina. Se formaban ondas en aquel aire energizado y se solapaban sin cesar. Katsuhiko no podía moverse. Todo era un caos de color, sonido y vibraciones, del sabor del azúcar y de limones agrios y vómito. No podía...

El Emperador protege.

Un recuerdo de luz dorada. Una sensación cálida llega a él y le recorre la espalda.

Es nuestro escudo. Es nuestra luz. Es nuestra verdad...

Y se puso a gritar y a gritar conforme el mundo caleidoscópico que lo rodeaba se volvió real, se volvió intenso.

Pudo moverse. Estaba de pie. Se las había arreglado para ponerse en pie y acercarse a una aspillera tras recoger un rifle que había tirado por ahí.

—El Emperador protege, nos protege, nos protege... —jadeó, recargando, sangrando por los oídos.

Apuntó por la mira fija del rifle y notó que lloraba al centrar la vista en algo que temblaba y ondeaba y se abría paso por las líneas inferiores. Oía el rugido de más cañoneras.

Iba a morir allí. Le había llegado la hora, una promesa cumplida al fin. Iba a morir y nadie iba a recordarlo, pero pensaba morir de pie, sin miedo.

—El Emperador protege —dijo.

Y apretó el gatillo. El disparo alcanzó a la criatura del otro lado de la mira y le arrancó sangre y grasa chamuscada. La criatura se tambaleó y cayó al suelo, deshinchada, sacudiéndose. Alzó la mirada en busca del siguiente objetivo y se quedó atónito.

Ocurría algo. Por toda la muralla y las líneas defensivas que alcanzaba a ver, el enemigo se retiraba, con aquellos cuerpos con armas de filo y máquinas de guerra que retrocedían hacia la cortina multicolor. Las cañoneras se interpusieron en el paisaje y se quedaron suspendidas según los guerreros gigantes saltaban de las compuertas, cargados con armamento cromadas de boca ancha. La artillería derribó las naves del firmamento. Los disparos de volea, desperdigados hasta que aumentaron la cohesión de fuego, penetraron en la niebla para arrancar trozos del asalto que se iba desvaneciendo. Katsuhiko disparó junto a sus compañeros, recargó y disparó y disparó..., hasta que, tan de repente como habían llegado, los enemigos desaparecieron del todo.

Se hizo el silencio. Un silencio que lo invadió todo, acompañado del pitido que notaba en los oídos. El estruendo grave de los disparos láser sonaba apagado tras el pulso de *tinnitus*. Se quedó con la mirada perdida y notó que alguien le tiraba del brazo. Steena había gateado hasta el muro en el que estaba él y tenía los ojos rojos en el rostro pintado de polvo.

—Agua... —jadeó.

Katsuhiko estaba sacando la cantimplora de un compartimento, con manos temblorosas, cuando vio que lo cubría una sombra. Alzó la mirada.

Baaron se había quitado el casco. El rostro que había contenido estaba ensangrentado, con la carne y el hueso de la mejilla derecha destrozados y arrancados y el ojo izquierdo cerrado por una masa coagulada. El ángel miraba más allá del parapeto.

—¿Qué...? —preguntó Katsuhiko, y el sonido de su voz lo sorprendió incluso a él—. Se... Se han ido..., ¿qué ha pasado?

El ángel no mostró ningún indicio de haberlo oído, pero entonces miró a Katsuhiko. El ojo que todavía podía abrir era de color verde claro. Se lo quedó mirando varios instantes antes de devolver la mirada al otro lado del parapeto.

—No lo sé —dijo.